

ébrios. Centenares de voces repitieron á coro la súplica. Nerón se excusó.

«No se sentía bien... La noche anterior le habían aplicado al pecho una lámina de plomo, sin encontrar alivio, y empezaba á acariciar la idea de trasladarse á Ancio para fortalecer su garganta respirando las auras marinas... Consideraba como uno de sus más sagrados deberes cultivar amorosamente el arte, puesto que los dioses le habían concedido á manos llenas las dotes para ello necesarias... Reconocía también que estaba obligado á sacrificarse en honor de sus fieles súbditos, ávidos de oírle... Pero aquella noche, ¡no estaba en voz!... No le impulsaba á la negativa una excesiva modestia... No podía... realmente, no podía, no debía cantar aquella noche...»

Lucano le conjuró, «en nombre del arte y de la humanidad» á que no les privara del placer de oírle... «Todos sabían que el divino poeta y cantor había compuesto un nuevo himno á Venus, en comparación del cual, el de Lucrecio no era más que un aullido de lobezno.»

—No te niegues ¡oh, César! á poner á este banquete el sello de una verdadera fiesta—terminó diciendo el poeta—Un soberano paternal como tú no debe atormentarnos con su silencio. ¡César, no seas cruel!

—¡No seas cruel!—repitieron á coro los que estaban más cerca.

Nerón abrió los brazos como para indicar que se veía forzado á ceder. En todos los rostros se dibujó la expresión de la gratitud y todas las miradas se fijaron en el Emperador.

Este ordenó que se avisara á Popea. No había asistido al banquete porque estaba indispuesta; pero su estado de salud no se oponía á que pudiera oír el canto de Nerón. Privarla de este placer hubiera sido un delito.

Apareció Popea al instante. Aunque gobernaba á Nerón á su antojo no se hubiera atrevido á contrariarle, porque bien sabía que ofenderle en su amor propio de poeta, de cantor ó de auriga, era la mayor de las temeridades. Avanzó con majestad de diosa, sonriendo, vestida, como el César, de color de amatista, adornada con un collar de perlas robado en otro tiempo á Masinisa, con los cabellos cubiertos de polvo de oro y con rostro y mirada infantiles.

Fué acogida con grandes aclamaciones, de entre las que se destacaba el grito de «¡divina Augusta!»

En seguida todos los circunstantes callaron. Nerón se había puesto de pie.

El cantor Diodoro entrególe un laud delta y el flautista Terpnos cogió, para acompañarle, un salterio.

Nerón levantó los ojos, y en la vasta sala reinó un silencio sepulcral sólo turbado por el ligerísimo rumor de las rosas que caían del techo.

Y el César empezó á cantar, más bien dicho á declamar acompasada y cadenciosamente el himno en honor de Venus. Su voz, aunque algo velada, tenía tal variedad de matices y los versos del himno eran tan bellos, que Ligia sintió de nuevo que le remordía la conciencia por escuchar con cierto deleite cantos en honor de la pagana diosa. El mismo Nerón, coronado de laurel y con los ojos en éxtasis, cantando la belleza, le parecía menos espantable y repulsivo...

La última nota del himno fué seguida de un huracán de aplausos.

—¡Qué celestial voz! ¡Oh voz divina!—se oía por todos lados.

Algunas matronas que en los trasportes del entusiasmo habían levantado los brazos, permanecían así, inmóviles, como en éxtasis; otras enjugaban sus lágrimas; la sala entera retronaba. Popea, inclinada la dorada cabeza, apretaba la mano de Nerón contra sus labios; Pitágoras, un jovén griego hermosísimo, se prosternó á sus pies.

Pero el César tenía los ojos clavados en Petronio, porque estimaba las alabanzas de éste sobre todas las demás. El *Árbitro de las Elegancias* exclamó:

—En lo que atañe á la música, Orfeo palidecería de envidia, como ha palidecido ahora Lucano; en cuanto á los versos, deploro que no sean peores porque en este caso habría sabido encontrar un elogio que fuese digno de ellos.

Lucano no se ofendió, antes, por el contrario, dirigió una mirada de gratitud á Petronio. Después, con simulado despecho, dijo:

—Maldito sea el Destino que me ha hecho coetáneo de semejante poeta. Podría haber dejado un nombre famoso y he aquí que me veo eclipsado, como una débil lucecilla por los esplendorosos rayos del sol.

Petronio, que tenía buena memoria, repetía los versos mejores del himno, sus frases más felices, comentando, ana-

lizando, elogiando sus mayores bellezas. Lucano unió su admiración á la de Petronio lanzando exclamaciones de entusiasmo. Nerón se esponjaba en una oleada inconmensurable de vanidad. Señaló las estrofas que le parecían más inspiradas y se dignó consolar á Lucano, aconsejándole que no se desanimase.

— Es preciso conformarse con la suerte que á cada uno le concede el Hado— dijole con cierta expresión de piedad.— El culto que los hombres prestan á Júpiter no excluye el culto á los demás dioses.

Se levantó para acompañar á sus habitaciones á Popea, que realmente se sentía algo enferma, indicando á los convidados que no se movieran. Un instante después estaba de regreso para presenciar las diversiones que había organizado con Petronio y Tigelino. Se recitaron otros versos, se sostuvieron diálogos en los cuales la extravagancia no era bastante á disimular la necedad, y el célebre mimo Paris representó las aventuras de Io, hija de Inaco. Ligia, que no había visto nunca espectáculos semejantes, llegó á imaginarse que se trataba de artes de encantamiento. El mimo con gestos y actitudes expresaba sentimientos é ideas que parecía imposible que pudieran expresarse sin la palabra. Entraron después coribantes y danzarinas, y al compás de cítaras, flautas, címbalos y tamboriles, ejecutaron una danza báquica, mientras de la red de oro, pendiente del techo, continuaba cayendo una lluvia de rosas...

La vista de aquel deslumbrante cuadro orgiaco y la sensación de las palabras que Vinicio destilaba en sus oídos como una ponzoña, renovaron en el alma de Ligia los terrores que la habían conturbado al principiar el banquete. Las sienas le latían con violencia y su imaginación exaltada abría á sus pies un abismo, al fondo del cual la atraía el mismo Vinicio que, momentos antes, había tomado por un amigo dispuesto á salvarla. Una voz interior, semejante á la voz de Pomponia, le gritaba: «Ligia, huye;» pero al mismo tiempo otra voz extraña le decía que no era ya tiempo, que después de haber asistido á tan abominable banquete, de haber escuchado con cierta complacencia las palabras de Vinicio, estaba irremisiblemente perdida. No ignoraba que nadie podía abandonar el festín antes que el César sin provocar su cólera; pero más que este peligro la espantaba el temor de que le faltaran las fuerzas para levantarse y huir.

Y el término del banquete estaba aun muy lejano. Los esclavos servían siempre nuevos manjares y llenaban de vino los vasos.

Ante la mesa, que afectaba la forma de un semicírculo, aparecieron dos atletas que inmediatamente entablaron la lucha. Sus torsos, relucientes de aceite, formaban una sola masa; los huesos crugían bajo el esfuerzo hercúleo de los brazos de acero, y las mandíbulas contraídas hacían rechinar los dientes. A veces se oía la percusión sorda de los pies sobre el pavimento alfombrado de azafrán; otras, los dos luchadores fuertemente abrazados quedaban inmóviles, como un grupo escultórico. Las miradas de los romanos seguían con deleite inefable las peripecias de la lucha, fijándose en la tensión de los brazos, de los torsos y de las piernas. La pelea, sin embargo, no podía durar. Crotón, el maestro y jefe de los gladiadores, era tenido, con justicia, por el hombre más fuerte del Imperio. Muy pronto su adversario se puso livido, se hizo más anhelante su respiración, de la boca le salió un hilillo de sangre y se desplomó. Una estruendosa salva de aplausos fué el premio del vencedor, quién, con el pie sobre la espalda del vencido y cruzados los brazos, paseó triunfalmente la mirada sobre los espectadores.

Entraron en seguida saltimbanquis, bufones, individuos adiestrados en remedar gritos de animales; pero despertaron escaso interés porque el vino se había subido ya á la cabeza de los convidados. Por momentos el banquete degeneraba en desenfrenada orgía. La música se había convertido en una batahola caótica de confusos sonidos de cítaras, címbalos armenios, sistros egipcios, trompas, cuernos... El ambiente, saturado del perfume de las flores, del olor de los aceites aromáticos, del azafrán y de los efluvios de los cuerpos humanos era sofocante. Las luces de los candelabros, en aquella atmósfera cargada, apenas alumbraban, y las coronas de flores, ya marchitas, se desprendían de las pesadas frentes, y los rostros lividos se cubrían de gotas de sudor.

Vitelio había desaparecido debajo de la mesa; Vestinio repetía por décima vez la respuesta de Mopso á la carta sellada del procónsul, y Tulio, poniendo en solfa á los dioses, decía con habla farfallosa, entrecortada por el hipo:

— Porque si se admite que el *Sphæros* de Jenófanés es una bola... no hay duda que es un dios redondo... al que se le puede hacer dar vueltas á puntapiés... como á una cuba.

Domicio Afro, concusionario y delator, al oír estas sacrilegas palabras se indignó en términos que derramó el Falerno sobre su túnica. «Nunca había dejado de creer en los dioses... Si llegara á desaparecer Roma, como profetizaban algunos, á la juventud falta de fe se debería el desastre. Sin fe no hay virtud... Se abandonan las severas costumbres de la venerable antigüedad... Los epicúreos ¿son capaces de contener la irupción de los bárbaros? ¡Ah, no! La ruina es inevitable. ¡Terrible sino el suyo! Los dioses habían querido probar su fortaleza alargándole la vida hasta tan ominosos tiempos...»

El cónsul Memnio Rufo interrumpió las hipócritas quejas del viejo ladrón con una sonora carcajada, á la que siguieron estas palabras, pronunciadas á voz en cuello:

—¿Quién es osado á sostener que Roma desaparecerá?... ¡Qué estupidez!... Yo, que soy cónsul, no sé una palabra de todo esto... ¡Treinta legiones nos garantizan la conservación de la paz romana!

Y llevándose los puños á las sienes, gritó desafortadamente con voz chillona:

—¡Treinta legiones!... ¡Desde la Bretaña á la frontera de los partos!

Hizo una pausa, abrió desmesuradamente los ojos, se llevó el índice á la frente y, tambaleándose todo su cuerpo, añadió con voz baja y gutural:

—No obstante, me parece que son treinta y dos...

Y se desplomó, rodando debajo de la mesa y vomitando las lenguas de faisán, los hongos asados, las setas heladas, los saltamontes en miel, los pescados, la carne; en suma, cuanto había comido y bebido.

Domicio Afro no se dió por vencido con el argumento de las legiones que aseguraban la paz romana.

—¡No, no! —exclamaba— ¡Roma debe perecer porque se ha perdido la fe en los dioses y se han relajado las costumbres! Roma debe perecer... ¡sí!... ¡Qué infortunio!... ¡Es tan bella la vida... y el César tan generoso... y tan exquisito el vino! ¡Ah, qué infortunio!

Petronio no estaba ébrio. En cuanto á Nerón, se había abstenido de beber al principio por el temor de perjudicar su voz *celestial*; pero acabó por vaciar cuantas copas le llenaron los esclavos y por embriagarse también. Quiso cantar de nuevo sus versos griegos; mas no le acudieron á la memoria y

entonó por error una canción de Anacreonte. Trataron de acompañarle Pitágoras, Diodoro y Terpnos; pero con tan poco acierto que acabaron por tomar el partido de callarse. Nerón apoyó la húmeda frente en la palma de la mano. Después cogió las de Pitágoras y se puso á examinarlas. De pronto le asaltaron horribles pensamientos. «¿En dónde había visto otras manos tan hermosas? ¡Ah, sí... las de su madre... las de Agripina!»

—Cuentan — dijo — que en las noches de luna discurre por las playas de Bahía... vagando siempre... como si buscara algo. Si se acerca alguna embarcación fija en ella la mirada y se aleja, y los pescadores á quienes ha mirado amanecen muertos.

—El asunto no es vulgar—observó Petronio.

Vestinio, estirando su cuello de grulla, cuchicheó con aire misterioso:

—En los dioses, no creo; pero sí en la aparición de los muertos... Los espectros...

Nerón sin hacer caso de sus palabras, prosiguió:

—No obstante, yo celebré las lemurias. ¡No quiero verla más! Hace ya cuatro años... Ciertamente no podía dejar de imponerle un castigo. Tuve que condenarla por deber... había enviado un sicario para asesinarme. Si no me hubiese defendido, hoy no habríais oído mi canto.

—Y por ello te damos las gracias ¡oh, César! en nombre de la Ciudad y del mundo entero—exclamó Domicio Afro.

—¡Más vino! ¡y qué suenen los timpanos!—ordenó Nerón.

Nuevamente la gritería y los desacordes musicales atronaron la sala. Lucano, envuelto todo el cuerpo en ramas de yedra, quiso dominar el tumulto y vociferó:

—¡Eh! ¡eh! Yo no soy un hombre; soy un fauno y habito en las selvas. ¡Ohé! ¡Ohé!

Al César le llegó el turno de quedar completamente beodo. Los demás comensales lo estaban ya, incluso Vinicio que, estimulado además por la pasión, fué presa de la violencia hereditaria. Su rostro bronceado se había vuelto lívido, se le trababa la lengua y hablaba en tono altanero y de mando.

—El César te ha sacado de la casa de Aulo para entregarte á mí... ¿oyes? Mañana, en cuanto anochezca, mandaré por ti... ¿oyes? El César me ha prometido dárteme... me lo había prometido antes de traerte aquí... has de ser mía...

Ligia quedó aterrorizada.

No, no era aquel el Vinicio de antes; el Vinicio bondadoso á quien casi amaba. Era un sátiro ébrio, protervo, que le causaba espanto y repugnancia.

Vinicio se levantó y la cogió por los brazos con sus manos trémulas. A la doncella se le acababan las fuerzas... estaba á punto de desmayarse... Pero súbitamente, una fuerza formidable separó de los brazos de la doncella las nervudas manos del patricio y rechazó á éste cual si fuese una arista.

¿Qué habia acontecido?... Vinicio se restregó los ojos, estupefacto, y al abrirlos después, desmesuradamente, se encontró con la gigantesca figura de Oso, el ligio que habia visto en la casa de Aulo.

Oso permanecía inmóvil y tranquilo; pero sus ojos, clavados en los de Vinicio, tenían una expresión tan singular que el mancebo sintió que la sangre se le helaba en las venas. Después, el gigante, llevando en brazos á su señora, salió del *triclinio* con paso mesurado. Actea le siguió.

Vinicio, de pronto, quedó como petrificado; mas luego saltó cual fiero herido y se precipitó hacia la puerta, gritando:

— ¡Ligia! ¡Ligia!

Pero la pasión, el estupor, la cólera y la embriaguez le hicieron doblar las piernas. Intentó por dos veces levantarse, tragóse otra copa de vino que le ofrecieron y cayó como cuerpo muerto.

La mayor parte de los comensales yacian bajo las mesas; algunos daban vueltas tambaleándose; otros, echados sobre los divanes, roncaban y devolvían, durmiendo, el sobrante de sus ingurgitaciones. Y sobre aquella turba beoda de cónsules y senadores, de guerreros, de poetas, de danzarinas y patricias, sobre aquel mundo que rodaba hacia el abismo en medio de orgías deslumbradoras y desenfrenadas, caía siempre, con rumor apagado, una lluvia de rosas...

Alboreaba.

VIII

Oso pudo llevarse á Ligia sin la menor dificultad. A los comensales que no yacian bajo las mesas, la embriaguez les impedía darse cuenta de lo que pasaba á su alrededor. En cuanto á la servidumbre, ¿qué mucho que una dama ébria se

hiciera llevar fuera del *triclinio* por un esclavo? Además, Actea seguia al gigante, y esto alejaba toda sospecha.

Pasaron, pues, del *triclinio* á la estancia contigua y por una galería al pórtico lateral que daba á los jardines cesáreos, para ganar las habitaciones de Actea. Ligia se hallaba tan extenuada que pesaba como un cadáver sobre los brazos de Oso; pero cuando la acarició el aire fresco de la mañana abrió los ojos. Las ramas más altas de los cipreses y de los pinos se doraban ya, besadas por los rayos del sol. El palacio, por aquel lado, estaba desierto, y á los oídos de los fugitivos llegaban muy apagados los gritos y la música del festin. A Ligia le pareció que habia sido trasportada del infierno al cielo... ¡Ah, sí! ¡Qué dicha haber logrado escapar de aquel abyecto *triclinio* y tras tan inmunda pesadilla ver el cielo, la aurora, el sol y sentir el inefable consuelo de aquel silencio matinal!... De pronto la casta doncella prorrumpió en sollozos y, estrechando fuertemente al gigante, repetía con voz dolorida:

— ¡Vámonos á casa, Oso! Vámonos á casa de Aulo!

— ¡Vámonos! — respondió el ligio.

Habían llegado al atrio de las habitaciones de Actea. Oso colocó á Ligia sobre un banco de mármol inmediato á la fuente. Actea trató de tranquilizarla y de inducirla á descansar, asegurándole que por el momento nada tenía que temer, porque los intimos de Nerón, por efecto de la embriaguez, dormirían hasta la tarde. Ligia, sin embargo, no se aquietaba. Apretándose las sienés con las manos no cesaba de repetir como una niña:

— ¡Quiero irme á casa!

Oso se disponía á obedecer. Las puertas estaban guardadas por pretorianos; pero no tenían orden de impedir el paso á los que salieran. Delante del arco de ingreso aún habia una larga fila de literas. En breve los que tomaron parte en el banquete saldrían en tropel, y no era difícil pasar inadvertido entre aquellas turbas de crapulosos... Además, se trataba de una orden de su señora y no habia para qué discutirla.

Ligia insistía:

— ¡Vámonos, Oso, vámonos!

Actea les disuadió de su propósito.

— Saldréis del palacio — dijo; — no me cabe duda... Pero tened en cuenta que huir sin la aquiescencia del César es una ofensa á la majestad imperial. Llegaréis á casa de Aulo; pero esta misma tarde un centurión llevará la sentencia de muerte á